

ANÓNIMO DE JÁMBLICO (CAPÍTULO 20 DE LA *EXHORTACIÓN A LA FILOSOFÍA*)*

Presentación

Jámblico nació en Celesiria (Siria de la Hondonada) hacia el 242 d.C. y falleció hacia el 324. Fue la personalidad más influyente de la filosofía neoplatónica, iniciada por Plotino, el autor de las célebres *Enéadas*. La obra de Jámblico fue vasta, pero no se conservó por muchos factores, entre ellos la declaración del cristianismo como la religión oficial, y solo podemos vislumbrar su importancia por los escasos fragmentos que se conservan. Destacan los comentarios a los diálogos platónicos y a las obras de Aristóteles. Su obra más importante es una epístola a Porfirio, en la que trata asuntos de filosofía de la religión, conocida por el título que Marsilio Ficino, el neoplatónico más célebre del Renacimiento, le dio: *Acerca de los misterios de Egipto*.

Jámblico escribió también una especie de enciclopedia, la *Colección de las doctrinas pitagóricas*, en diez libros. De esta obra se conservan solo los primeros cuatro libros. En el segundo, en la *Exhortación a la filosofía*, del capítulo 20 de este tratado, Friedrich Blass encontró en 1889 el extracto de una obra de un sofista desconocido.¹ Es un escrito de cierto ateniense que data del siglo V a.C. El autor, fuente de Jámblico,

* Traducción de José Molina Ayala.

¹ Blass, “De Antiphonte sophista Iamblichi auctore”, *Kieler Fest-Programm*, 27 de enero de 1889.

no ha sido identificado, de modo que a este fragmento se le conoce como el “Anónimo de Jámblico”.²

En este escrito se exponen siete temas afines a la sofística del siglo V a.C.: 1) Necesidad de hacer depender las virtudes de las cualidades innatas; la duración del esfuerzo y el temprano comienzo en el estudio también son necesarios para la virtud, pero son posteriores a las cualidades innatas. 2) Encomio de quienes ganan su fama por el esfuerzo constante y prolongado; esta fama está libre de envidia, vence a la calumnia y confirma el prestigio. 3) Se debe usar de la virtud adquirida conforme a la legalidad; ya se trate de la elocuencia o de la fuerza física, todas estas virtudes están subordinadas a la utilidad pública. Es necesario, pues, respetar las leyes y el derecho, que mantienen unidos a los hombres y las ciudades. 4) Lamentación de los daños que acarrea el egoísmo, el amor a las riquezas y las motivaciones por las que se persigue la fortuna: la ambición, la envidia y el poder. 5) Frente a las tendencias egoístas, es necesario cultivar un prestigio eterno y siempre viviente. 6) Crítica del deseo de aventajar a los demás y defensa del valor de la fuerza unitiva de la ley y del derecho. Es necesario, pues, que la fuerza ceda ante el derecho, pero hay que considerar que el derecho se funda en la fuerza, es decir, en la suma de las voluntades particulares, que reduce a la impotencia al individuo que pretende hacerse valer por encima de la razón. 7) Oposición entre la legalidad y la falta de leyes, a fin de mostrar que el respeto de la ley trae consigo prosperidad económica, seguridad y libertad para emprender obras creativas, y que las consecuencias de ignorarla son el marasmo, los temores y la tiranía.

El texto griego a partir del cual hice mi traducción está tomado de Édouard Des Places, S. J., *Jamblique, Protreptique*, 1989, París, Les Belles Lettres, pp. 121-131.

² Quien quiera profundizar en este tratado, puede recurrir, de entre la bibliografía más reciente, a la edición de Domenico Musti, *Anonimo di Giamblico, La pace e il benessere, Idee sull' economia, la società, la morale*, 2003, Milán, Biblioteca Universale Rizzoli; y al estudio de Ascanio Ciriaci, *L'Anonimo di Giamblico: saggio critico e analisi dei frammenti*, 2011, Nápoles, Bibliopolis (Elenchos, 57).

ANÓNIMO DE JÁMBLICO (CAPÍTULO 20 DE LA *EXHORTACIÓN A LA FILOSOFÍA*, DE JÁMBLICO)

Texto 20.

[Instrucciones mezcladas con exhortaciones, que abarcan en general todos los bienes y todas las partes de la filosofía, y también los objetivos de la vida, hacia los cuales apunta la virtud]

Creo, ahora, que aquí tampoco es incongruente la exhortación por medio de instrucciones, que ya de alguna manera se ha aproximado a la guía de cómo es preciso vivir, y que da a conocer sobre todo lo siguiente: que las partes del discurso filosófico no están separadas, mas todas están conectadas unas con otras. Por consiguiente, de acuerdo con este método, comenzamos, primeramente, a partir de lo más honorable: es preciso practicar la piedad. Esta no se presentaría, si uno no hiciera semejante con lo venerado a lo que venera. Y esta semejanza no la proporciona ninguna otra disciplina más que la filosofía. Ahora bien, también es preciso tener en muchísimo la veracidad, porque tanto decir la verdad a los dioses, de acuerdo con la verdad divina, como a los hombres, de acuerdo con la humana, nos guía en todos los bienes divinos y humanos. Dado que así es la verdad, esta se presenta solo mediante la filosofía, pues solo los filósofos son amantes de

contemplar la verdad. Además, por otra parte, conviene conocer la facultad de cada una de las leyes y cómo hay que valerse de ellas. No es posible aprender esto sin conocer la virtud hacia la cual referimos la facultad y el uso de las leyes. La práctica de la virtud se presenta mediante la filosofía, de modo que también hacia aquella la guía es la filosofía. Además, otra vez, es preciso saber cómo hay que conducirse con respecto a los hombres, y esto no lo discerniría nadie con precisión, sin haber examinado la exposición de motivos de lo conveniente, en todas las acciones; sin saber el mérito y el demérito de cada uno de los hombres, y sin ser capaz de discernir las costumbres y las disposiciones naturales de aquellos, las facultades del alma y los discursos que están en armonía con todos estos asuntos. Ahora bien, ninguna de estas cosas se presenta separada de la filosofía; por lo tanto, también por su causa la filosofía sería útil. Si también la ley de la valentía recomienda prevalecer contra los hombres salvajes y subyugar a las más nocivas de las fieras, y si es preciso avanzar animosamente hacia los peligros y habituarse a soportarlos, veamos también, con respecto a estas metas, cuál ciencia o facultad nos hace aptos. Ninguna otra, como creo, que la sola filosofía. Pues esta practica diligentemente ser firme y desdeñar la muerte; ejerce el dominio de sí, a lo largo de la vida entera; resiste noblemente en las dificultades, y desprecia por completo los placeres. Por tanto, solo de esta es necesario que se apoderen los que quieren participar de todos los bienes divinos y humanos. Pues, para decirlo simplemente,³ cualquier cosa que alguien quisiera realizar hasta su óptima perfección, si sabiduría, si valentía, si elocuencia, si virtud, o entera o alguna parte de ella, es posible llevarla a cabo a partir de lo siguiente: es preciso, antes que nada, ser capaz por naturaleza, y esto se concede por la suerte; lo que ya depende del hombre mismo es lo siguiente: que se haga deseoso de las cosas bellas y buenas, que sea amante del trabajo y que las aprenda muy tempranamente y que persevere durante mucho tiempo en ellas. Si alguna de estas cosas hace falta, incluso una sola, no es capaz ni siquiera de realizarlas hasta su fin supremo; mas, si tiene todas estas cosas, se vuelve insuperable en lo que sea que ejercitara

³ Aquí inicia, propiamente, el llamado “Anónimo de Jámblico”.

cualquiera de los hombres. Entonces, si también en las otras ciencias esto es correcto, ¿por cuánto lo es más en la más apta para el mando de todas las artes, en la filosofía? Es preciso someterse noblemente a todas las fatigas y perder mucho tiempo en el aprendizaje y proveerse de deseo máximo. Además de estas cosas, a partir de aquello de lo que alguien desea obtener fama de parte de los hombres y parecer tal cual sea, es preciso comenzar inmediatamente, mientras se es joven, y con eso tener trato siempre ininterrumpidamente y no algunas veces al azar. Siendo de larga data cada una de estas acciones y comenzándolas inmediatamente e incrementándolas juntamente hasta el final, consigue que su fama y su gloria sean duraderas, por las siguientes razones: porque entonces se confía sin vacilación, y la envidia de los hombres no se añade, por la cual, a unas acciones no las exaltan ni las hacen conocidas como es razonable; a otras las acusan falsamente, censurándolas, al margen de lo que es justo. Porque no agrada a los hombres honrar a ningún otro (pues ellos consideran ser despojados de algo), mas cuando son dominados por la necesidad misma, e inducidos poco a poco, desde hace mucho tiempo, entonces se vuelven alabadores, a pesar de todo, incluso sin quererlo. Pero también, inmediatamente, no dudan si acaso tal hombre es como parece, o si tiende una trampa y persigue con afán la fama mediante engaño, ni si hace una bella demostración de lo que hace, seduciendo a los hombres. En aquel modo que dije antes, la virtud infunde confianza con respecto a sí misma y honorabilidad; pues cuando han sido tomados por su fuerza, los hombres no pueden sufrir la envidia y ya no creen que son engañados. Además, también el tiempo que está unido a cada obra y acción es mucho, y confirma a la que se ejercita durante un lapso grande; mas el poco tiempo no puede realizar esta. También, si alguien ha investigado y aprendido el arte que se expone en discursos, podría volverse, en poco tiempo, no menos bueno que quien lo enseña; pero, a esta virtud que se constituye de muchas obras, no es capaz de llevarla a la perfección cuando se ha comenzado demasiado tarde ni dentro de un tiempo corto, sino que es necesario ser educado y crecer juntamente con ella, apartándose de los malos discursos y costumbres, y practicando y llevando a cabo aquellas obras con mucho

tiempo y cuidado. Pero, simultáneamente, se añade también con la buena fama de poco tiempo, el siguiente daño: los hombres no acogen agradablemente a los que de repente y en poco tiempo se han hecho o ricos o sabios o buenos o valientes. Entonces, si decimos que estas cosas son verdaderas, tampoco es posible que la semejanza de las costumbres y lo duradero y lo constante se presenten de otro modo que a partir de la sola filosofía, y esto está claro por lo siguiente: si queremos volvernos perfectamente buenos y obtener verdaderamente honorabilidad y felicidad, no debemos hacer otra cosa más que filosofar.

Además, por otro lado, también esta amonestación lleva hacia el mismo fin: cuando alguien que ha deseado alguna de estas capacidades, sea la elocuencia, sea la fuerza, habiéndola llevado a cabo, la dirige hacia la perfección, es preciso que haga pleno uso de esta para lo bueno y lo legítimo. Pero si alguien utiliza, para lo injusto e ilegal, lo bueno que les es propio, tal procedimiento es lo peor de todo, y preferible que falte aquella capacidad, a que esté presente; y tal como se vuelve perfectamente bueno el que tiene alguna de estas capacidades, si hace uso pleno de ellas para lo bueno, así, por el contrario, se vuelve perfectamente muy malo el que las utiliza para lo perverso. A su vez, quien desea la totalidad de la virtud debe examinar a partir de cuál discurso u obra sería óptimo, y así sería el que es útil para muchísimas cosas. Si alguien, dando riquezas, hace el bien a los cercanos, estará obligado a ser malo, para, a su vez, juntar de nuevo riquezas; después, no las reuniría tan exentas de envidia, que no falten al que las da ni al beneficiado. Si, a su vez, esta se añade como una segunda maldad, después de la reunión de riquezas, si de rico se vuelve pobre, y de haber poseído no tiene nada, ¿cómo entonces, por tanto, sin repartir dinero, sino de algún otro modo, sería benefactor de hombres, y esto no con maldad, sino con virtud? Y, además, cuando se es el beneficiado, ¿cómo podría no faltar el don? Esto, ciertamente, podría ser de la manera siguiente: si defendiera las leyes y lo justo, porque eso es lo que mantiene unidos y hace convivir a las ciudades y a los hombres. De nuevo, entonces, ocurre lo mismo a partir de esto: pues si la filosofía concede realmente el recto uso de todas las cosas importantes en la vida y la distribución del intelecto que

llamamos ley, es preciso que no hagan ninguna otra cosa que filosofar verdaderamente, los que quieren participar de la vida más perfecta.

Y, por cierto, es preciso que, distinguidamente, todo hombre sea, al menos, muy dueño de sí mismo; sería así, en el más alto grado, si alguien fuera más fuerte que las riquezas, por las cuales todos se corrompen, y si no escatimara su alma, al haberse esforzado en las cosas justas y haber perseguido la virtud; porque, con respecto a estos dos asuntos, la mayoría son incontinentes. Esto lo padecen por algo así: aman el alma porque aquello por lo cual viven es el alma, y de esta se preocupan y la requieren por su amor a la vida y por la costumbre con la cual se educan; y aman el dinero por causa de aquellas cosas que los espantan. ¿Cuáles son estas cosas? Las enfermedades, la vejez, los castigos repentinos. No digo los castigos que vienen de las leyes (pues es posible que también estos sean evitados y esquivados), sino estos otros: incendios, muerte de sirvientes, de cuadrúpedos, a su vez otras desgracias, las cuales rodean, unas a los cuerpos, otras a las almas, otras a las riquezas. Así pues, por consiguiente, por causa de todas estas desgracias, para en ellas poder usar las riquezas, todo hombre desea dinero. Y son otros motivos los que, no inferiores a los mencionados, impulsan a los hombres hacia el lucro: las rivalidades entre ellos y los celos y las dominaciones, por las cuales tienen en mucho las riquezas, porque son de gran ayuda en tales asuntos. Mas cualquiera que es hombre verdaderamente bueno, no persigue su fama con un orden ajeno que lo rodea, sino con su propia virtud. Por eso, dado que la filosofía hace que, para el que es bueno, todo se refiera a sí mismo y lo aparta de las pasiones y de la utilidad exterior, sería la más provechosa de todas las posesiones para la vida feliz. Con respecto al amor a la vida, alguien se persuadiría de la siguiente manera: que si fuera propio del hombre, si es que no fuera muerto por otro, no ser nunca viejo y ser inmortal el tiempo que resta, tendría mucha comprensión quien se preocupa de su alma. Mas, puesto que pertenecen a la vida que se prolonga la vejez, que es peor para los hombres, y el no ser inmortal, es ya grande ignorancia y costumbre de malvados discursos y deseos salvar a esta a cambio de infamia, pero no dejar que permanezca, en lugar de esta, la inmortal; en vez de la

que es mortal, la que es bendición eterna y que vive siempre. Por lo tanto, si solo la filosofía inspira práctica y desprecio de la muerte, y excita hacia la vida inmortal y siempre existente, y enseña los discursos que son para siempre y acostumbra a esforzarse por estos, también por esto, el amor a la vida sería el más ventajoso de todos.

Además, por otra parte, es preciso no precipitarse hacia la codicia ni considerar que el poder que radica en la codicia es virtud ni que obedecer a las leyes es cobardía, pues este pensamiento es muy malvado y de él se origina todo lo contrario a lo bueno: maldad y daño. Porque si los hombres nacieron incapaces de vivir solos y se reunieron unos con otros, sucumbiendo ante la necesidad; si toda la vida y los artefactos para ella han sido descubiertos por ellos, y no es posible que ellos estén y habiten unos con otros, con falta de leyes (puesto que para ellos sería un castigo más grande que aquel modo de vivir solos), por tanto, por estas necesidades, es preciso que la ley y lo justo reinen sobre los hombres y que de ninguna manera puedan alterarse, pues están atados por una naturaleza fuerte. Entonces, si alguien, desde el principio, naciera teniendo una naturaleza como la siguiente: invulnerable en su carne, libre de enfermedad, indemne y superdotado, duro como el acero en cuerpo y alma, quizá alguien hubiera considerado que a un hombre semejante le es suficiente el poder que radica en la codicia (puesto que tal individuo, no sometándose a la ley, podría ser impune); este, en verdad, no piensa correctamente, pues, incluso si existiera alguien así, como no podría suceder, si es aliado de las leyes y de las cosas justas, si las confirma, y si utiliza la fuerza a favor de ellas y de aquellos que las sirven, actuando de este modo, tal individuo se salvaría; pero, si actuara de otra manera, no podría continuar existiendo, puesto que parece que todos los hombres se constituyen, por su propia legalidad, como enemigos del que nació tal como lo describimos, y la multitud, o por arte o por fuerza, lo sobrepasaría y se apoderaría de tal hombre. Así parece que también el poder mismo, lo que precisamente es poder, mediante la ley y por la justicia, se salva. Mas, aparte de estas razones, lo justo es elegible por sí mismo y estamos hechos para ello. Por lo tanto, aunque ninguna de las cosas exteriores resulte y aunque en algunas cosas humanas hubiera inferioridad, vale la pena hacer lo justo, puesto que es para todos lo más honorable.

También vale la pena aprender acerca de la legalidad y de la falta de leyes estas cosas: por cuánto se distinguen entre ellas y por qué la primera sería algo óptimo, tanto en común como en privado, y por qué la segunda sería algo pésimo, pues los daños surgen al instante por la falta de leyes. Comencemos por mostrar las cosas que se originan de la legalidad, las cuales se originan antes.

De la legalidad se origina, primero, la confianza, porque esta aprovecha grandemente a todos los hombres en su conjunto, y es esta uno de los grandes bienes, pues las riquezas comunes se originan de ella, y, así, incluso si hubiera poca riqueza, bastaría, puesto que a pesar de eso está circulando; pero, sin ella, ni aun que fuera mucha, bastaría.

Y las vicisitudes de la fortuna que se refieren a la riqueza y a la vida, unas buenas y otras no, por la legalidad son gobernadas de la manera más apropiada para los hombres, puesto que los más afortunados se valen de aquella que es más segura y que no tiene asechanzas; y, a su vez, los desafortunados son socorridos por los afortunados, gracias a las relaciones comerciales y a la confianza, lo cual se origina a causa de la legalidad.

A su vez, el tiempo se vuelve para los hombres, por la legalidad, ocioso para los negocios, pero laborable para las obras de la vida.

En la legalidad, se aleja a los hombres de la preocupación más desagradable y se relacionan con la más agradable, puesto que la preocupación de los negocios es la más desagradable, pero la de las obras es la más placentera.

A su vez, cuando se dirigen al sueño, que para los hombres es un descanso de los males, van hacia él sin miedo y ocupándose en asuntos que no causan penas; cuando vuelven del sueño, experimentan otros asuntos semejantes, y no se ponen asustados de repente, ni al punto de que, por causa de un cambio más placentero, esperen que se haga de día, sino que se entregan placenteramente a preocupaciones sin pena, acerca de las obras de la vida, aliviando los trabajos por el intercambio recíproco de bienes, con esperanzas confiables y bien esperadas, de todas las cuales es causa la legalidad.

También lo que proporciona a los hombres males grandísimos es la guerra que lleva a la catástrofe y al sojuzgamiento, y esto ataca más a los que obran contra la ley, pero a los que tienen legalidad, menos.

También muchas otras cosas en la legalidad son buenas, las cuales se originan de ella como auxilios para la vida y como consuelo de las dificultades; pero los males que resultan de la falta de leyes son los siguientes: antes que nada, los hombres se quedan sin tiempo libre para las obras y se preocupan de lo más desagradable, de negocios, pero no de obras; y atesoran riqueza a causa de la desconfianza y de la falta de relaciones comerciales, pero no la ponen en común y, así, se hace insuficiente, aunque sea mucha.

Las vicisitudes de la fortuna, tanto las malas como las buenas, sirven para las cosas contrarias, pues la buena fortuna no es segura en la falta de leyes, sino es objeto de insidias; y la mala fortuna no se va, sino se confirma a causa de la desconfianza y de la falta de relaciones comerciales.

La guerra externa y la sedición propia se inducen por la misma causa;⁴ incluso, si no se originan antes, suceden entonces; y en los negocios ocurre que siempre comienzan, por los ataques entre unos y otros, por los cuales pasan la vida poniéndose en guardia y a su vez atacándose unos a otros.

Además, ni para los que están despiertos son placenteros los pensamientos, ni para los que se retiran al sueño es agradable la hospitalidad, sino que está acompañada de miedo, y el despertar terrible y espantoso lleva al hombre hacia recuerdos repentinos de los males, los cuales, estos y también todos los otros males mencionados antes, todos juntos, se desprenden de la falta de leyes.

Se origina también la tiranía, mal tan grande y tan nocivo, no por otra causa que por la falta de leyes. Algunos de los hombres, todos los que no conjeturan correctamente, creen que el tirano se establece por alguna otra causa y que los hombres son despojados de su libertad, no siendo ellos mismos culpables, sino obligados por el tirano que se ha establecido, no razonando correctamente estas cosas. Pues cualquiera que cree que un rey o un tirano surge por alguna otra razón que por la falta de leyes y la codicia, es un estúpido. Pues cuando todos juntos se inclinan a la maldad, entonces surge aquel mal. Pues no es posible que los hombres vivan sin leyes y justicia. Por tanto, cuando estas dos, la ley y la justicia,

⁴Esto es, por la falta de leyes, por la ilegalidad.

se apartan de la multitud, entonces, en ese momento, la protección y la vigilancia de ellas se retiran hacia uno solo. Porque, ¿cómo recaería de otra manera la monarquía en un solo individuo, a menos que la ley haya sido desplazada de lo que conviene a la multitud? Porque es preciso que ese hombre, el cual abolirá la justicia y suprimirá la ley común y que conviene a todos, se vuelva de acero, si va a arrebatar estas de la multitud de los hombres, aunque sea uno solo, si las va a arrebatar de muchos. Pero, dado que es de carne y semejante a la mayoría, no podría hacer estas cosas; mas, tras hacer que se acaben las oposiciones, sería soberano único. Que por esto también surge la tiranía, algunos de los hombres no se dan cuenta.

Por lo tanto, si causa de los males es la falta de leyes, y si la legalidad es un bien tan grande, no es posible obtener felicidad de otra manera, a menos que alguien imponga la ley como guía de la vida común. Esta es la recta razón, la que ordena lo que es preciso hacer y desaconseja lo que no es necesario, en todo el cosmos, en las ciudades, en los propios hogares y en uno mismo, en cada uno consigo mismo. Por lo tanto, si no es posible que quien aprendió y conoció tal razón, la cual se ocupa de los bienes y de los males, de lo bello y de lo vergonzoso, la lleve a cabo de otro modo, a menos que alguien filosofara perfectamente. Por causa de esto, hay que ejercitar la filosofía más que todas las ocupaciones humanas.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.